

3. LA SUMISIÓN DE LA VOLUNTAD

DESPUÉS DE HABER EXPLICADO LA NATURALEZA DEL PECADO sus consecuencias tan radicales y universales sobre la raza, todavía nos falta analizar la sumisión de la voluntad. Es en este punto donde se dan los desacuerdos más agudos y donde se exponen con más claridad los resultados del pecado.

Lutero reconocía la importancia de este tema. Al final de su monumental defensa de la sumisión de la voluntad, luego de demoler los argumentos de" humanista Desiderio Erasmo de Rotterdam, Lutero se dirigió a Erasmo y le felicitó al menos por haber tratado en sus escritos el tema crucial. Lutero escribió: "Os alabo y encomiendo de todo corazón además por este hecho —que sólo vos, a diferencia de los otros, habéis concentrado vuestras fuerzas sobre el tema esencial".¹ De manera similar, Emil Brunner nos dice que "el punto decisivo" para el entendimiento del hombre y del pecado del hombre es comprender la libertad y la "no libertad".²

¿Hasta dónde cayó el hombre cuando pecó? ¿O fue sólo un tropiezo? ¿Cayó sólo un poco, pero no tanto como para haber perdido toda esperanza? ¿O cayó completamente, tanto que hasta ni siquiera es capaz de buscar a Dios y obedecerle? ¿Qué es lo que la Biblia significa cuando nos dice que estamos "muertos en nuestros delitos y pecados"? ¿Quiere afirmar que estamos realmente muertos con respecto a cualquier posibilidad de responder a Dios o elegirle? ¿O es que todavía tenemos la capacidad al menos de responder a Dios cuando se nos hace el ofrecimiento de la salvación? Si podemos responder a estas interrogantes, ¿qué quiere significar Pablo cuando dice que "no hay quien busque a Dios" (Ro. 3:11)? ¿Qué quiere significar Jesús cuando dice que "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Jn. 6:44) Si por el contrario no podemos responder, ¿cuál es el significado de tantos otros pasajes en los que el evangelio es ofrecido a los hombres y las mujeres que han caído? ¿Cómo puede ser una persona responsable de no creer en Jesús si él o ella no son capaces de hacerlo?

Todas estas preguntas nos están sugiriendo la importancia de la sumisión de la voluntad. Nos están indicando como las doctrinas sobre el pecado y la depravación, la elección, la gracia y la responsabilidad humana surgirán a partir de las respuestas.

La historia del debate

La importancia de determinar si la voluntad está sometida o si es libre, está determinada por la historia del dogma cristiano. En el transcurso de la historia de la iglesia varios debates teológicos significativos se han ocupado de este tema. En los primeros años de la iglesia, la mayoría de los teólogos parecían favorecer el libre albedrío; su preocupación era vencer el determinismo atrincherado del mundo grecorromano. Y en un sentido no estaban equivocados. El determinismo no forma parte de la concepción cristiana, pero tampoco sirve de acusa para deslindar responsabilidad con respecto al pecado. Los padres de la Iglesia —Crisóstomo, Orígenes, Jerónimo, y otros— estuvieron en el acierto cuando se opusieron al determinismo. Sin embargo, en su oposición al determinismo fueron deslizándose paulatinamente en una especie de exaltación no bíblica de la capacidad humana que les impidió apreciar la verdadera magnitud de la culpa y el pecado humano. Agustín de Hipona fue quien se levantó para desafiar esa postura y argumentar con fervor a favor de la sumisión de la voluntad, en aquel tiempo fundamentalmente contra Pelagio, su oponente más franco.

La intención de Pelagio no fue negar la universalidad del pecado, al menos en un principio. En ese punto, deseaba permanecer ortodoxo. Pero era incapaz de apreciar cómo era posible que pudiera existir la responsabilidad en nosotros si no teníamos libre albedrío. Su argumento podría resumirse en que para que exista obligación es necesario que exista capacidad. Si yo debo hacer algo, es necesario que lo pueda hacer. Pelagio argumentaba que la voluntad, en lugar de estar sometida al pecado en realidad es neutral —de modo que en un momento dado o en una situación en particular tengo libre albedrío para elegir el bien y hacerlo.

En su enfoque, el pecado se convirtió únicamente en esos actos, deliberados y no relacionados entre sí, en los que la voluntad elige el mal, y cualquier conexión necesaria entre los pecados y cualquier principio hereditario del pecado dentro de la raza quedó en el olvido. Pelagio además afirmó que: primero, el pecado de Adán no afectó a nadie más que a él; segundo, los que nacieron después de Adán nacieron en la misma condición en que estaba Adán antes de su caída, es decir, una posición de neutralidad con respecto al pecado; y tercero, los seres humanos pueden vivir libres de pecado si así lo desean y pueden hacerlo aun sin tener conciencia de la obra de Cristo y de la operación sobrenatural del Espíritu Santo.

La postura de Pelagio limitaba el verdadero alcance del pecado e inevitablemente conducía a una negación de la necesidad absoluta de la gracia inmerecida de Dios para la salvación. Pero todavía más, aun cuando se predicara libremente el evangelio de la gracia al pecador, lo que en última instancia estaría determinando si él o ella habrían de ser salvos no sería la operación sobrenatural de Espíritu Santo dentro de la persona sino la voluntad personal que podría aceptar o rechazar al Salvador.

En su primera época Agustín también había seguido esta línea de pensamiento. Pero había llegado a la conclusión, que esta perspectiva no hacía justicia ni a la doctrina bíblica sobre el pecado, que describe al pecado como algo más que unos simples actos aislados e individuales, ni a la doctrina sobre la gracia de Dios, en última instancia el elemento absolutamente determinante de la salvación. Agustín planteaba que, como resultado de una depravación heredada sencillamente no es posible para el individuo dejar de pecar. La frase clave que acuñó fue *non posse no peccare*. Lo que esto significa es que una persona es incapaz de elegir a Dios. Agustín decía que el hombre, habiendo usado su libre albedrío equivocadamente en la Caída, se perdió a sí mismo y perdió su voluntad. Dijo que la voluntad había sido esclavizada de tal manera que no tenía poder para la justicia. Dijo que la voluntad sin duda es libre —de toda justicia— pero está esclavizada al pecado. Dijo que la voluntad es libre para darle la espalda a Dios, pero no para volverse a él.

La preocupación de Agustín era resaltar el hecho de que la gracia era una necesidad absoluta; fuera de la cual nadie podía ser salvo. Además, el tema de la gracia abarca desde el principio hasta el final, no se trata solamente de una gracia "preventiva" o de una gracia parcial a la que el pecador debe añadir su propio esfuerzo. Si así fuese, la salvación no sería enteramente de Dios, el honor de Dios sería disminuido, y el hombre tendría lugar para jactarse en el cielo. Con la defensa de esta postura Agustín se hizo famoso, y la iglesia lo apoyó. Pero con el tiempo, durante la Edad Media, la iglesia nuevamente volvió a deslizarse hacia el pelagianismo.

Más tarde, en ocasión de la Reforma, la misma discusión hizo erupción en diversos frentes. Una confrontación directa tuvo lugar entre Erasmo y Lutero. Erasmo, en un principio, había simpatizado con la Reforma, porque no podía dejar de ver la corrupción de la iglesia medieval y deseaba que esto acabara. Pero Erasmo, que no contaba con el profundo apoyo espiritual de Lutero, fue convencido para que se enfrentara a Lutero. Erasmo decía que la voluntad debe ser libre, y los argumentos que presentaba eran similares a los de Pelagio. Sin embargo, este era un tema que no interesaba demasiado a Erasmo, por lo que aconsejaba moderación aunque se oponía a Lutero.

Pero para Lutero era un tema primordial. Lutero se abocó al tema fervorosamente, para él se trataba de un tema del cual dependía la verdad de Dios. Por supuesto que Lutero reconoció el hecho psicológico que los hombres y las mujeres hacen elecciones. En realidad, es tan obvio que nadie lo puede negar. Pero en el área específica de la elección individual de Dios o la no elección de Dios, Lutero negaba el libre albedrío, tanto como Erasmo lo afirmaba. Hemos sido entregados al pecado, decía Lutero. Por lo tanto, el único papel que nos corresponde desempeñar es humildemente reconocer este pecado, confesar nuestra ceguera y reconocer que no podemos elegir a Dios porque nuestra voluntad está esclavizada, del mismo modo que no podemos agradarle debido a nuestros sucios actos morales. Nuestro único papel es admitir nuestro pecado y clamar al Dios eterno por misericordia, sabiendo que no lo podríamos hacer si Dios antes no hubiera estado activo para convencernos de nuestro pecado y conducir nuestras voluntades para llevarnos al Señor Jesucristo en busca de nuestra salvación.

Juan Calvino, Ulrich Zuinglio, Martín Bucero y muchos otros líderes de la Reforma Protestante compartían las mismas convicciones que Lutero. Pero en reacción a la Reforma, la Iglesia Católica Romana en el Concilio de Trento tomó una posición semipelagiana, donde la voluntad humana coopera con la asistencia divina inmerecida en la salvación. Más tarde, en Holanda, Jacobo Arminio los arminianos más radicales retomaron los conceptos de Pelagio de distintas maneras. Hoy en día, posiblemente la mayoría de los cristianos de las distintas denominaciones y las diversas tradiciones teológicas son pelagianas, si bien difícilmente reconocerían sus creencias como tales. ¿Tienen razón? ¿O tienen razón Agustín y los líderes de la Reforma? ¿El hombre ha quedado totalmente arruinado por su caída en el pecado? ¿O su caída no fue completa?

El "libre albedrío" de Edwards

Antes de responder directamente a estas preguntas es importante que consideremos otra contribución teológica a este debate, y que es quizá la más significativa de todas. Corresponde al teólogo y predicador norteamericano

Jonathan Edwards. Con respecto a su principal ataque, Edwards deseaba decir lo mismo que ya habían dicho Agustín, Lutero, y Calvino. Pero un detalle interesante en su tratado es que no tiene el mismo título con el que Lutero nombró su gran estudio, *La sumisión de la voluntad*, sino uno que a primera vista parecería ser el opuesto: "El libre albedrío".³

Es necesaria una explicación. Esta la encontraremos en la contribución singular que Edwards hace a este tema. Lo primero que hizo Edwards fue definir lo que se entiende por voluntad, algo que nadie había hecho hasta ese entonces. Todos habían operado sobre la suposición que todos sabemos lo que es la voluntad. Llamamos voluntad a ese algo en nosotros que realiza elecciones. Edwards definió la voluntad como "aquello por medio del cual la mente elige algo". En otras palabras, lo que elegimos está determinado (según Edwards) no por la voluntad sino por la mente. Nuestras elecciones serán determinadas por lo que pensamos que es el curso de acción más deseable.

La segunda contribución de Edwards fue con respecto a las "motivaciones". Edwards preguntó: ¿por qué es que la mente elige una cosa en particular y no otra? Y respondió que "la mente elige así por las distintas motivaciones". O sea la mente elige lo que piensa que es lo mejor. Edwards desarrolla este punto a lo largo de varias páginas y resulta muy difícil condensar sus argumentos. Pero puedo resumir este punto citando un pequeño libro elemental sobre el libre albedrío, de John Gerstner. Gerstner se dirige al lector en estos términos:

*Nuestras elecciones, como personas racionales, se basan en distintas consideraciones o motivaciones que tenemos delante nuestro en el momento de hacer la elección. Estas motivaciones tienen determinado peso relativo, y las motivaciones a favor y en contra de leer un libro (por ejemplo) son pesadas en la balanza de nuestra mente; las motivaciones de mayor peso serán las que determinen la opción a seguir. Cada uno de nosotros, siendo personas racionales, siempre elegiría lo que a nuestro entender sea lo correcto, lo inteligente, lo aconsejable. Si eligiéramos no hacer lo correcto, lo aconsejable, lo que estamos inclinados a hacer, estaríamos enfermos mentalmente. Estaríamos eligiendo algo que no elegimos. Habríamos encontrado algo preferible que nosotros no preferimos. Pero nosotros, siendo personas racionales y mentalmente sanas, elegimos algo porque parece ser lo correcto, lo apropiado, lo bueno y lo más ventajoso para hacer en las circunstancias.*⁴

Puedo plantear este tema negativamente. Supongamos que cuando nos enfrentamos con una elección determinada no haya ninguna motivación que incida en la elección. ¿No surge, por ende, que la elección resultará imposible y que no será posible tomar una decisión? Supongamos que hay un burro parado en medio de la habitación. A la derecha del burro hay un atado de zanahorias y su izquierda hay exactamente (en la mente del burro) otro atado de zanahorias. ¿Cómo puede el burro elegir entre los dos atados? Si los dos atados son exactamente iguales y no hay ninguna motivación para elegir un atado en lugar del otro, ¿qué le sucederá al burro? ¡El burro se morirá de hambre mientras permanece parado entre los dos atados! No hay nada que lo haga inclinarse hacia un lado o el otro. Si se dirige a un atado u otro, será porque por alguna razón (que nosotros no podemos conocer pero que sin duda es muy clara en la mente del burro) una elección es preferible a la otra. Cuando nosotros elegimos algo lo hacemos sobre esta misma base. Por alguna razón, una opción nos parece buena, y porque nos parece buena es que elegimos lo que elegimos.

La tercera contribución de Edwards fue con respecto al tema de la responsabilidad, el punto que tan profundamente había preocupado a Pelagio. Lo que Edwards hizo aquí, y muy inteligentemente, fue marcar la diferencia que existe entre lo que llamó la incapacidad "natural" y la incapacidad "moral". Podemos ilustrar esta diferenciación de tres maneras. La primera ilustración es mía; la segunda ha sido tomada de las obras de Arthur W. Pink; y la tercera es del propio Edwards.

En el mundo animal hay animales que no comen otra cosa que no sea carne: los carnívoros. Hay otros animales que no comen otra cosa que no sean hierbas plantas: los herbívoros. Supongamos que tenemos un león, que es un animal carnívoro, y colocamos delante de él un manojo de heno o de avena. No comerá ni el heno ni la avena. ¿Por qué? ¿Acaso porque es físicamente incapaz de comerlos? No. Físicamente, podría comenzar y masticar el forraje y tragarlo. entonces, ¿por qué no lo come? La respuesta es que no está en su naturaleza hacerlo. Además, si le pudiéramos preguntar al león por qué no come la comida el herbívoro, y si nos pudiera contestar, diría: "No puedo comer esto; lo odio: sólo como carne". Estamos hablando del mismo modo cuando decimos que el hombre natural no puede responder o elegir a Dios en la salvación. Físicamente es posible, pero espiritualmente no es capaz. No puede venir a Dios porque no quiere venir. Y no quiere venir porque en realidad odia a Dios.

Arthur W. Pink hace mención de las Escrituras para ilustrar esta diferenciación. En la Reyes 14:4 ("Y ya no podía ver Ahías, porque sus ojos se habían obscurecido a causa de su vejez") y en Jonás 1:13 ("Y aquellos hombres trabajaron para hacer volver la nave a tierra; mas no pudieron, porque el mar se iba embraveciendo más y más contra ellos") lo que vemos es la incapacidad espiritual. No hay culpa vinculada a ella. Por otro lado, en Génesis 37:4 leemos "Y viendo sus hermanos que su padre lo amaba más que a todos sus hermanos, le aborrecían, y no podían hablarle pacíficamente". Esto implica una incapacidad espiritual o moral. Por esto eran culpables, como lo indica el pasaje cuando nos explica su incapacidad para hablarle pacíficamente a José y el odio que sentían hacia él.⁵

Llegamos ahora a la ilustración de Edwards. Está hablando sobre los arminianos que plantean que la posición calvinista no es razonable. Edwards dice que no, que los que no son razonables son los arminianos.

Que sea el sentido común el que establezca si hay o no diferencia entre estos dos casos: uno, el caso de un hombre que ha ofendido a su príncipe y es puesto en prisión; y después que ha permanecido allí por un tiempo, el rey viene a verlo, lo llama; y le dice que si se inclina delante de él y con humildad pide su perdón, será perdonado y dejado en libertad, y que además será enriquecido y honrado: el prisionero se arrepiente de todo corazón de la necedad y maldad de su ofensa contra el príncipe y está completamente dispuesto a rebajarse y aceptar el ofrecimiento del rey; pero está constreñido por gruesas murallas, con puertas de bronce y barras de hierro. El otro caso se trata de un hombre que tiene un espíritu irracional, es arrogante, ingrato y testarudo; y además, se ha visto involucrado en varios intentos de traición; y su corazón está poseído de una enemistad inveterada y extrema contra su soberano; y por causa de su rebelión ha sido hecho prisionero, y ahí yace, con pesadas cadenas y en circunstancias miserables. Pero finalmente el príncipe teniendo compasión viene a la prisión, ordena que se le quiten las cadenas y que sean abiertas de par en par las puertas de la cárcel; lo llama y le dice que si se inclina delante de él, reconoce que ha tratado injustamente a su soberano, y pide su perdón, será perdonado, dejado en libertad, y se le asignará un puesto de dignidad y beneficio en la corte. Pero este hombre es tan vanidoso, tan lleno de maldad arrogante, que no puede aceptar este ofrecimiento; su malicia y su orgullo están tan enraizados en su ser que ejercen un dominio perfecto sobre él, lo atan y atan su corazón: la oposición de su corazón lo domina, tiene una influencia sobre su mente que es superior a la gracia y condescendencia del rey, y a todos sus ofrecimientos y promesas. Ahora bien, ¿puede el sentido común afirmar y defender la postura que no existe diferencia entre estos dos casos, con respecto a la culpa que le corresponde a los dos prisioneros?⁶

Cuando leemos esta ilustración, nuestro primer instinto es decir que mientras la doctrina de la depravación puede ser cierta en este ejemplo en particular, no es cierta en nuestro caso porque, así decimos nosotros, no somos ni arrogantes ni orgullosos ni estamos enfrentados contra la majestad de Dios. Pero, por supuesto, así es como la Biblia nos describe. Estamos tan enfrentados con Dios que cuando se nos presenta el ofrecimiento del evangelio no lo aceptamos, no porque en un sentido natural seamos incapaces de aceptarlo, sino porque las motivaciones que operan en nosotros son hostiles a Dios.

Cuando examinamos este tema, vemos que lo que no deseamos hacer es venir delante de la presencia de un Dios como el que nos presenta la Biblia. Ese Dios es un Dios soberano; si venimos ante él, debemos reconocer su soberanía sobre nuestras vidas. Y esto no lo deseamos hacer. Venir ante un Dios como el que se nos presenta en la Biblia significa venir ante un ser que es santo; si venimos ante un Dios que es santo, debemos reconocer su santidad y confesar nuestro pecado. Y esto no lo deseamos hacer tampoco. Todavía más, si venimos ante la presencia de este Dios, debemos admitir su omnisciencia, y no deseamos hacer esto. Si viniéramos ante Dios, también deberíamos reconocer su inmutabilidad, porque un Dios que sea digno de llamarse Dios no puede tener atributos que cambien. Dios es soberano, y siempre será soberano. Dios es santo, y siempre será santo. Dios es omnisciente, y siempre será omnisciente. Ese es el mismo Dios que no deseamos. Y por lo tanto no vendremos ante su presencia. Es más, no podemos venir ante él hasta que Dios por su gracia no realice lo que podría calificarse como un milagro en nuestras vidas pecaminosas.

Alguien que no apoya la doctrina reformada podría decir: "¿Pero sin duda la Biblia enseña que cualquiera que desee venir a Cristo puede venir a él? Jesús mismo dijo que todo el que viene a él no sería echado fuera". La respuesta es que, por supuesto, esto es cierto. Pero ese no es el punto en discusión. Sin duda, todo el que quiera podrá venir. Esto es lo que hace que nuestra negativa a venir sea tan irracional y aumente nuestra culpa. ¿Pero quién desea venir? La respuesta es que ninguno, excepto aquellos en los que el Espíritu Santo ya ha realizado la obra enteramente irresistible del nuevo nacimiento para que, como resultado de este milagro, los ojos espiritualmente ciegos del hombre natural sean abiertos para ver las verdades de Dios y la mente completamente depravada del pecador sea renovada para aceptar a Jesucristo como su Salvador.

Ninguna doctrina nueva

¿Esto es una enseñanza nueva? De ningún modo. Se trata simplemente de la forma más básica y más pura de la doctrina del hombre a la que se adhieren la mayoría de los protestantes y aun algunos católicos (en privado). Los treinta y nueve artículos de la Iglesia Anglicana dicen: "La condición del hombre luego de la caída de Adán fue tal que por sus propias fuerzas naturales y buenas obras no puede volverse a la fe y al llamado de Dios; por lo tanto, no tiene fuerzas para hacer buenas obras, agradables y aceptables para Dios, si no es por la gracia de Dios [o sea, sin que antes él no lo motive], para que pueda tener buena voluntad, y obre en él cuando tenga esa voluntad" (Artículo 10).

El Catecismo Mayor de Westminster declara: "La pecaminosidad del estado en que cayó el hombre, consiste en la culpa por el primer pecado de Adán, la costumbre de la justicia en la que fue creado, y la corrupción de su naturaleza, por lo cual está completamente indispuesto, incapacitado y contrario a todo lo que sea espiritualmente bueno, y enteramente inclinado al mal, y eso continuamente" (Respuesta a la Pregunta 25).

Es importante que cada persona comprenda la sumisión de la voluntad, porque sólo luego de ese entendimiento los seres humanos pecaminosos podrán comprender lo desesperado de su situación y cómo la gracia de Dios es esencial. Si todavía nos mantenemos aferrados a algún tipo de confianza en nuestra propia capacidad espiritual, no importa cuán pequeña sea, nunca nos preocuparemos seriamente de nuestra condición. Podremos saber que necesitamos creer en Jesucristo como nuestro Salvador, pero no habrá ninguna urgencia. La vida es larga. Ya habrá tiempo de creer más adelante. Podremos creer cuando queramos creer, quizá en nuestro lecho de muerte, después que hemos hecho lo que hemos querido con nuestras vidas. Al menos, podemos apostar a esa posibilidad. Por otro lado, si realmente estamos muertos en nuestro pecado, como lo señala la Biblia, y si esa muerte alcanza nuestra voluntad como las demás partes que componen nuestro ser físico y psíquico, entonces nuestra situación es desesperada. Vemos que no hay esperanza para nosotros fuera de la obra sobrenatural y enteramente inmerecida de la gracia de Dios.

Esto es lo que Dios requiere de nuestra parte si hemos de ser salvos de nuestro pecado y venir a él. Él no desea que nos jactemos de la más mínima contribución humana en el asunto de nuestra salvación. Pero si renunciamos a todo pensamiento sobre dicha capacidad, entonces él nos mostrará el camino de salvación por medio de Cristo y nos conducirá a él.

Notas

1. Martín Lutero, *The Bondage of the Will*, trad. J. I. Packer y O. R. Johnston (Westwood, N.J.: Fleming H. Revell, 1957), p. 319.
2. Brunner, *The Christian Doctrine of Creation and Redemption*, p. 121.
3. Jonathan Edwards, "A Careful and Strict Inquiry into the Prevailing Notions of the Freedom of the Will", *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 1, revisado por Edward Hickman, con una memoria por Sereno E. Dwight (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1976), pp. 3-93.
4. John H. Gerstner, *A Primer on Free Will* (Phillipsburg, N. J.: Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1982), pp. 4-5.
5. Pink, *The Sovereignty of God*, pp. 187-188.
6. Edwards, *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 1, p. 66.